

VINO TINTO Y CHOCOLATE

Sonia Arias de la Cruz

Image not found.

Capítulo 1

VINO TINTO Y CHOCOLATE

La copa se había derramado sobre el mantel de hilo blanco. El tenedor de plata, descansaba sobre la porcelana del plato; sobre él, las migas del pastel de chocolate.

Ya anocheceía, la luz que entraba en el salón era de color azul oscuro, casi morado. El visillo de la ventana se mecía de dentro hacia afuera; cuando salía hacía el jardín parecía que le costaba entrar por la ventana, pero de nuevo el viento lo empujaba hacia dentro.

Se quedaba a milímetros de la copa de vino tinto, tal vez fue el visillo quien la derramó.

El silencio era espeso; tan solo el leve silbido del viento interrumpía la quietud de la estancia. La pared, cubierta de papel pintado con filigranas de oro, soportaba inmensos óleos enmarcados en madera. Los numerosos sillones tapizados en seda invitaban a imaginar el trasiego de pasos sobre el suelo pulido. Todo el cuarto estaba impecable, excepto la silla tirada en el suelo.

La ventana abierta, la copa de vino derramada, el pedazo de tarta, la silla en el piso de la estancia. Alguien estuvo allí hace apenas un suspiro.

Recorrí la casa en busca de respuestas pero no vi a nadie, no escuché nada. Volví a entrar al salón y todo seguía igual que antes. Durante generaciones nada había cambiado. Los mismos platos, los mismos muebles. La plata abrillantada todas las semanas, el cristal de Bohemia reluciente. Las formas y sobre todo las apariencias, perfectas. Todo, todo era perfecto, menos esa raya en el centro del suelo, esa herida en la madera que me sacaba de quicio.

El aire era cada vez más denso. Tenía la sensación de caminar entre nubes espesas, nubes que te retienen, que te agarran y no te permiten avanzar, hasta que sientes que te ahogas y entonces, corres; corres y gritas para deshacerte de ellas.

De pronto, una imagen vino a mi cabeza. Alguien gritaba y el eco de su voz rebotaba en toda la instancia. Con el cuchillo para servir la tarta en la mano. Lloraba y gritaba al mismo tiempo. No sé por qué. Era una mujer, con el maquillaje corrido y el alma desbocada, incontrolable.

Vi su reflejo en el espejo. Estaba despeinada, con la blusa abierta y salpicada de vino. El sabor del chocolate y su propia amargura mezclada en el paladar. Era yo. Sola bajo las grietas de esa casa maldita. Sin

formas que guardar ni sonrisas que aparentar. Con los muebles desvencijados y una copa de vino agrio desparramado sobre la mesa.

Sonia Arias de la Cruz